

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA

POR DON ANTONIO HURTADO.

MONÓLOGO DE ULTRATUMBA.

LEYENDA FANTÁSTICA.

PRIMERA PARTE.

I.

Hace mucho que en Toledo
Vivió un don Juan de Acevedo,
Fuerte y duro como un toro,
Hombre que no tuvo miedo
A Dios, ni á diablo, ni á moro.
Era su delicia holgar,
Comer, beber, pasear,
Trabajar poco y dormir,
Dispuesto siempre á bailar,
Como á jugar y á reñir.
Viviendo en la judería
Por antojo estrafalario,
De un moro allí se reía,
Que pasaba todo el día
Dando vueltas á un rosario.
Y murmuraba entre sí
Don Juan al mirarle así
Gastando tiempo y saliva:
—¿ Creerá este bruto que arriba

Ha de gozar más que aquí?
¿ Creerá lograr las mujeres
Que le promete su Alá,
Tan ducho en dulces placeres?
¿ Quién cree en eso? ¡ Que si quieres!
¡ Valiente necio será! »—
Y dando rienda á su risa
Estrepitosa y crujiente,
Se echaba á la calle aprisa,
Cuando en la iglesia de enfrente
Tocaban á decir misa.
No le llevaba en verdad
A la iglesia su piedad
Ni un pensamiento elevado,
Que iba á la misa impulsado
Por mera curiosidad.
Que en ella, con interes,
De otros contrastes en pos,
Observaba á un feligres,
Que era un hombre como dos
Y más cristiano que tres.
Y contemplándole ufano
Rezar mano sobre mano
Un día tras otro día,
—« ¡ Éste es tan necio, decia,
Como el santón mahometano! »—
Y luégo que se cansaba
De este recreo especial,
La vuelta á una casa daba,
Donde un químico buscaba
La piedra filosofal.

Mas viendo al fin, en conciencia,
Que el químico con su ciencia
No daba con la guarida
De aquella piedra perdida,
Base de toda existencia,
Rompiendo en un ¡ voto á brios!
Que en Zocodover se oia
Como el eco de una tos,
—« ¡ Éste es tan necio, decia,
Como son los otros dos! »—
Y con alma echada atras,
Iba diciendo á compas,
Haciendo á todos reir:
« Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.* »

II.

Mas el diablo al cabo quiso
Que le oyera el mahometano,
Y airado, más que sumiso,
Le dijo:—« Perro cristiano,
¿ No crees en el paraíso?
¿ No crees que allí nos darán
Una hurí tras otra hurí?
—¿ Pues no? repuso don Juan,
¡ Puestas á enfriar están
En el cielo para tí! »
Y ante tal contestacion
Lanzó un bufido el santón

Mano echando á su gumía:
Don Juan con suma alegría
Sacó su enorme espadon.
Y sin chistar ni gruñir
Se pusieron á reñir
Con furia insana los dos,
Cayó el moro, y al morir
Murmuró: *¡Lo quiso Dios!*
Y al clamar ¡válgame Alá!
Don Juan dijo:—«¡Qué fortuna
Hoy Mahoma te dará!
¡Moro..... si hay moras allá,
Guárdame siquiera una!»—
Y con su eterno compas
Dijo al moro: «¡Aviado estás!»
Y añadió dando á reir:
«—Se nace para morir,
Y una vez muertos, *no hay más.*»

III.

Y para borrar su pista
A fuer de buen camorrista,
Por el adarve torció,
Y sereno se metió
En casa del alquimista.
Y al verle siempre en materia,
Don Juan preguntó con calma
Como un curioso de feria:
—«¿Qué tal va? ¿La cosa es seria?»

¿Hay alma al fin, ó no hay alma?»—
Y el químico en grave són,
Como persona entendida,
Exclamó:—«¡Necia ilusion!
¡No hay alma, sólo es la vida
Materia puesta en accion!
» Cuando del calor la esencia
El vigor vital mantiene,
Hay vida y hay resistencia:
Cuando calor no se tiene
Se acaba toda existencia.
» Juego de tira y afloja
Es el que viste y despoja
El árbol de traje externo:
¿Qué arbusto tiene en invierno
Ni un mal resquicio de hoja?
» Luego si el traje exterior
Anuncia el vital vigor
Con que la inerte revive,
Harto claro se concibe
Que es vivir *tener calor.*
» Por el calor se condensa
La materia; y en su intensa
Actividad sin medida,
Imprime en el mundo vida
A lo que piensa y no piensa.
» Por la ley de la atraccion,
Sustancia y forma se adquiere,
Y ésta es la vida en accion;
Por la de la repulsion
Se pierde forma y se muere.

» Y esto de manera y modo,
Que cuando no es atraída
La materia á este acomodo,
Estando en *todo* la vida,
No hay *vida* en *nada*; eso es todo.»

IV.

Con gran suma de atencion
Estuvo esta relacion
Oyendo el buen Acevedo;
Mas siendo á su comprension
Algo confuso este enredo,
— «Esperadme aquí, exclamó;
Que averiguar quiero yo
Si eso que decís es cierto»:—
Salió, y á poco volvió
Llevando á costas al muerto.
» Y dejándolo caer,
Añadió:—«¡ Por Barrabas,
Que hoy quiero probar y ver
Si esto de ser ó no ser
Está en el calor no más!—
» Con que empezad, por mi nombre;
Que habiendo lumbre encendida,
Hacer podeis que me asombre,
Dando calor á este hombre,
Ya que el calor es la vida.
» Con eso saber aquí
Podemos al par los dos,

Si este santón ó alfaquí
Ha visto la cara á Dios
Y ha encontrado alguna huri.»—

V.

Miróle el químico adusto;
Pero viendo con disgusto,
En lo apretado del gesto,
Que estaba don Juan dispuesto
A ocasionarle un gran susto;
Con muy solícito afán,
Para evitarse un mal rato,
Ofreció asiento á don Juan,
Y dispuso un aparato
Casi igual al de Galvan.
Y sometiendo al difunto
A la eléctrica corriente,
Cuando todo estuvo en punto,
Dijo:—«Vamos al asunto
Y lo veréis claramente.—
» Aquí teneis el motor
De toda vida; el calor
Que da fuerza y movimiento:
El muerto en este momento
Va á recobrar su vigor.»—
Y, en efecto, á un dos por tres
Vió don Juan con interes
Que, sin embrollos livianos,
El muerto movió las manos
Y luégo movió los piés.

VI.

Y abrió un ojo, y abrió dos;
Y al verle alzarse derecho
De tal probatura en pos,
Don Juan, de asombro deshecho,
Dijo:—«¡Vivo está, por Dios!—
»¡Que empiece al momento á andar!»
Añadió:—Y el muerto anduvo
Derecho y sin vacilar.
—«¡Que se pare!»—Y se detuvo
El muerto sin replicar.
«¡Voto á Dios, que es admirable!»
Dijo don Juan:—«¡A fe mía,
Esto es casi espeluznable!...
¡Probemos más todavía!...
Si tiene vida, que hable.»—
Y osado cual siempre, así
Preguntó al moro: «Alfaquí,
Aquí para entre los dos:
¿Has encontrado una hurí?
¿Has visto la cara á Dios?»—
Y atento lo más que pudo,
Don Juan, con oído agudo,
Esperó entre ardiente y yerto;
Mas ¡que si quieres! El muerto
Le contestó como un mudo.

VII.

Y aunque don Juan repitió
Sus frases punto por punto,
El muerto no contestó,
Que obstinado se empeñó
En callar como un difunto.
Don Juan, retorciendo el gesto,
Un tanto cuanto indigesto,
Empezó á sentir sospechas,
Pues sin mirar á derechas,
Dijo al químico:—«¿Qué es esto?
»¿Hace esto solo el calor?...
¿Es ésta la fuerza inmensa
De lo que llamais motor?
¿Pues dónde está lo mejor?
¿Dónde está el *calor que piensa?*
»Ó me probais, voto á San,
Que ese moro de Satan
Hablar puede ahora conmigo,
Ó yo en vuestra cara os digo
Que sois un gran charlatan.
»Que á la materia el calor
Pueda infundir movimiento,
Eso está bien, sí señor;
Mas decir que sea motor,
Resorte del pensamiento,
Eso, voto á mi conciencia,
Exclamó don Juan con ira,
No cabe en mi inteligencia:

.
.

¿No alcanza á más vuestra ciencia?

¡Pues vuestra ciencia es mentira!

Y derribando de un zas

El eléctrico aparato

Y al nigromante detras,

Dijo:—«Vé á ver, mentecato,

Si una vez muerto *ves más.*»

Y fué tran breve y tan corta

Su accion y de tal fiereza,

Que, como quien maja almorta,

Don Juan contra una retorta

Partió al sabio la cabeza.

Y con el mismo compas

Con que entró volvió á salir,

Y dijo mirando atras:

«Se nace para morir,

Y una vez muertos, *no hay más.*»

VIII.

Y, trapiés sobre trapiés,

Por la calle abajo echó;

Y al volverla de traves,

Casi de bruces se dió

Con su amigo el feligres.

· Éste, pensando en lo eterno,

Con acento blando y tierno,

Dijo:—«¿A dó va, hermano mio?.....»

Y agreste, rudo y bravío

Don Juan contestó: *¡Al infierno!*

A tan negra exclamacion,

Que acaso llegó al abismo,

Dijo el otro en grave són:

«¡Voy á acusarte ahora mismo

A la Santa Inquisicion!.....»

Oyólo Don Juan..... y ¡zas!

Con la daga de reves

Le dió un golpe por detras,

Diciendo sin más ni más:

—«Pues señor, cero y van tres.»

Aquí se acaba la historia

Y esa eterna pepitoria

Del mal y el eterno bien:

Ahora verán si hay Eden,

Si existe infierno ó hay gloria.

¡Yo apuesto, por Barrabas,

A que no viene jamas

Uno lo cierto á decir!

¡Claro..... se nace á morir!

Despues de muertos..... *¿qué más?*

Y descreido sin tasa

Y con la conciencia rasa

Como un desierto aterido,

Se entró descuidado en casa,

Y á poco estaba dormido.

SEGUNDA PARTE.

I.

Y á cosa de una hora
Ántes de despuntar la blanca aurora,
Temblando de terror y sobresalto,
Don Juan el lecho abandonó de un salto.
De piés sobre el desnudo pavimento,
Transido de pavor, falto de aliento,
Ni á moverse siquiera se atrevia.
Nada en la densa oscuridad callada
Se pintaba ó se oía.
Escuchó atento, y..... ¡nada!
Todo en silencio al parecer dormía,
Que en tan fiero momento,
Sólo don Juan el vivo movimiento
De su espantado corazón sentía.
Vistióse con cautela,
Echó á andar por las sombras sin ruido,
Encendió una pajueta,
Y arrimándola al cabo de una vela,
Alumbró su aposento ennegrecido.
Miró, buscó, indagó..... ¡Cautela vana!
Abrió luego el cristal de su ventana,
Miró al lejano monte,
Y viendo que aún la luz de la mañana
No borraba el horror del horizonte,
Ante una mesa se sentó callado

Lacio el cabello de sudor bañado,
Y con vaga mirada,
Miraba á todas partes sin ver nada.
¿Qué pasó por su ruda inteligencia?
¿Qué luz rompió la bruma
De su oscura conciencia?
¿Quién lo puede saber? Tomó una pluma
Y escribió con extrema diligencia
Este relato, que de espanto abruma,
Monólogo ulterior de su existencia.

II.

¿Estoy muerto? ¿Estoy vivo?
¡No lo sé, no lo sé!..... Nada concibo
De cuanto pasa aquí; yo estoy despierto,
Y allá en mi lecho con horror percibo
Que estoy tendido, ¡inanimado..... muerto!.....
¿Soñaré? No estoy cierto:
Ántes de despertarme, mucho ántes,
Mis atónitos ojos
Han descubierto por el cielo errantes
Las sombras palpitantes
De los que ayer mataron mis enojos.
Sus lívidos despojos
Han hallado piedad sobre la tierra:
Una tumba los cierra,
Y por ellos imploran
Los que esperan en Dios y creen y oran!.....
Ellos tranquilos van por la campaña

De luz y de cristal; los acompaña
Un ángel del Señor, que en una nube
De grana y oro por el cielo sube.
¿Adónde van?..... Un cielo y otro, y otro,
Se rasgan al pasar. ¡Cuánto hemisferio
Descubro en su ascension! ¡Cuánto misterio
Se revela ante mí!..... ¡Dios soberano!.....
¡Era un hombre de bien el Mahometano!.....
¡En Dios santo creía!.....
¡Sus bienes con el pobre repartía,
Amaba la indigencia,
Y ciego observador de su creencia,
A sus leyes sujeto,
Daba á su Alá, que es Dios, santo respeto!.....
¡Oh torpe ceguedad..... rencor insano!
Yo maté á ese santón, y ¡era mi hermano!
¿Y el químico?..... ¡Tampoco
Era un sér criminal! ¡No estaba loco,
Aun faltándole fe! Dado á la ciencia,
Estudiar y pensar era su sino;
¡Pensar, buscar camino
Para encontrar á Dios más prontamente!
¡Oh qué hermoso destino!
¡Activar la razon inteligente!
¡Estimular al pensamiento humano
Para hallar la verdad!..... ¡Tender la mano
Al que ciego y sin guia,
Entregado á sí mismo,
Va caminando por la oscura via
Que conduce á los bordes del abismo!.....
¡Y también lo maté!..... ¡Yo, que en la eterna

Noche de la ignorancia sumergido,
Hubiera conocido
La ley que al mundo material gobierna!.....
Quien á un sabio, Señor, quita la vida,
¿No debe apellidarse parricida?.....
¿Y el pobre feligres? ¡Sér sin historia,
Que buscaba el camino de la gloria
En la fe de Jesus! Él, que al trabajo,
Humilde y cabizbajo,
Con alegre piedad se resignaba!.....
¡Él, que oraba y oraba,
Y esperaba y creía
Que en el cielo hallaría
Los bienes que esta vida le negaba!
¡Oh Dios, de horror me espanto!
Quien mata al que en tí cree, ¿no mata á un santo?
Mas ¡ah!—¿Qué es lo que veo?
¡Vuelven á mí los tres! Culpable y reo
Me confieso, Señor; yo, ciego y vano,
Tu existencia negué: ahora tu mano
Empuja á mí las víctimas sangrientas
De mi ciego furor.—¿Qué es lo que intentas?
¡Sepáralos de mí! ¡Yerto de frío
Me siento fallecer!... ¡En torno mio
Se agrupan, me despojan
De mi traje carnal; mudos me arrojan
A una tumba sin luz: atada el alma
Al pié de mis despojos,
Va á presenciar con espantosa calma
Penetrar los gusanos por mis ojos,
Y ¡ay! en mi propia podredumbre presos,

Comer mi carne y horadar mis huesos!
¿Hay infierno mayor? ¡Piedad, Dios santo! —
¿Por qué affigirme tanto?
¡No me castigues con tan dura suerte!
¡Dame sólo el silencio de la muerte!
—¿No hay quien rece por mí? ¿No habrá quien pida
Clemencia para un pobre condenado?...
¡Justo!... ¡Yo, infame, os arranqué la vida!
¡Tampoco por vosotros he rezado!
¿A quién puedo pedir?... ¿Llorais de pena?
¡Ay hermanos!... ¡Romped esta cadena
Que me tiene ligado,
Y á ver mi podredumbre me condena!...
¿Orais?... ¡Que os premie Dios!—¡Él os bendiga!
¡Rezad con voz amiga!...
¡Orad con vivo anhelo!
¡Haced que llegue vuestra voz al cielo!...

III.

Callad, ya retira
De mí sus enojos
El Dios de los cielos, que juzga sin ira.
Ya torna sus ojos;
Benigno me mira:
Ya en calma repòsan mis tristes despojos:
¡Ya el alma suspira,
Ya siento más flojos
Los lazos que hacian más fiera mi muerte!
¡Ya cambia mi suerte!

Ya hiende el vacío,
Cual blando rocío,
Un ángel de gloria, que en dulce embeleso
Me busca, me llama,
Me da un tierno beso;
¡Qué aromas derrama!
¿No ois? ¡Me bendice!
Se inclina á mi oido;
Mas ¿qué es lo que dice?...
¡Renacer!... ¡revivir! ¡Ir á la hondura
De la vida carnal!... ¡me da pavura!
¡Volver á los dolores
Cuando en lecho de flores
Se ha convertido ya mi sepultura!
¡Ah, sentencia expiatoria!
¡Vuelvo á la tierra á conquistar la gloria!
¡Tomar de nuevo el fardo
Del supremo dolor!... ¡Ir á otra muerte!...
¡Oh! ¿qué importa, Señor? tu ley aguardo,
Mi redencion está en obedecerte.
¡Yo emprenderé de nuevo mi camino
Errante y peregrino:
Yo tomaré á mi cargo la existencia
De esos tres!— En penosa penitencia
Naceré en pobre hogar, seré creyente,
Agotaré en pensar mi inteligencia,
Y desvalido, triste é indigente,
Visitaré tu templo,
Y en misterio profundo,
Será mi nueva vida por el mundo
De tu santa humildad callado ejemplo.—

—¿Aceptas?—¿Qué espantoso torbellino
Me arrebató, Señor?... ¿Dónde me llevas?
¿Es que empiezan mis pruebas?
¿Es que voy de camino?
¡ Ah, sí, lo conozco; en mi memoria
Se va borrando ya la horrible historia
De mi pasado sér!... Sí, ya desciendo;
Desciendo... ya estoy viendo
El antro pavoroso á que impelida
Va de nuevo mi vida!
¡ Ay hermanos!... orad: dentro de poco
Entraré en ese foco
De opacidad inerte,
Que es mansion del dolor y de la muerte.
¡ No abandoneis mis huellas!
¡ Ya dejo atrás los cielos, las estrellas!...
¡ Bajo!... ¡ bajo!... ¡ Qué miedo!...
¡ Qué densa oscuridad!... ¡ no bajo!... ¡ ruedo!...
¡ Ruedo!... caí!... caí!

IV.

... Y aquí su historia
Dejó sin concluir el de Acevedo. —
A su entreabierta y parda celosía
Llamó la luz del día:
Penetró hasta su cama
Su resplandor incierto,
Y allí, del sol la fulgurante llama
No despertó á don Juan, alumbró á un muerto.

DEL EXCMO. SEÑOR

DUQUE DE RIVAS.

ALGUNAS POESÍAS FAMILIARES.

Á MI ESPOSA.—AL SEÑOR D. SALUSTIANO DE OLÓZAGA.—Á DIDO ABANDONADA.
EPÍSTOLA.